

# **PALO DULCE**



## **HARINA DEL COSTAL APRO - PRADISTA**

por **PEPE CHACARILLA**

Mi compañero Pedro Cocharcas, de la cuarta columna de esta página, le mandó su chancacón a Franco la semana pasada porque el general gallego que fatiga la infamia desde hace un cuarto de siglo en España ha prohibido bastantes libros mediante el democrático procedimiento de la censura a todo trapo. A las mientes se me vino, entonces, un problema que está relacionado con aquél y que atañe a nuestro país. Aquí no tenemos, afortunadamente, la censurota hispánica. Ni siquiera la censurita frondizista (que persigue "El reposo del guerrero" y "Lolita" en provecho de la mojigatería porteña, como se dice). Pero tenemos una cosa que se les parece, muy típica de un régimen de agua de malvas, ni chicha ni limonada, como el que encabeza el antaño llamado "Teniente Seductor". Se trata de la asistemática pero indesmayable desaparición de la correspondencia, especialmente si va dirigida a uno que está en la lista negra del FBI y necesariamente si consiste en libros, periódicos y revistas. Inclusive, el correo desvía de su destino o demora sospechosamente los paquetes de publicaciones remitidas a las librerías. El "Index" de Franco y los Tribunales pudibundos de Frondizi obran a calzón quitado, como dicen los clásicos, pero el correo peruano que diezma la correspondencia lo hace con el propósito que, en palabras finas, se puede llamar alcahuetería macartista.

El hecho en los tres casos (España, la Argentina y el Perú) es diferente en grado, pero idéntico en esencia. Conozco gente que está suscrita a periódicos extranjeros que no recibe número de cada cinco. Y también gente a la que le llegan los sobres con huellas de un tráfico demasiado ardoroso para atribuírselo al manipuleo inocente de las valijas. Y sé, a mayor abundamiento, de casos en que los destinatarios no son favorecidos nunca con la entrega de cartas procedentes, no de lugares explosivos como Moscú, Pekín, El Cairo o La Habana, sino aún de ciudades más bien santificadas por la bendición del señor Kennedy y su trust de cerebros sin lavado. He reflexionado al respecto y he pensado que todo bien pudiera ser resultado de nuestra organización burocrática, que en el caso de los correos es de fríquiti mangansúa (vulgo, más mala que el maní crudo), pero como corren rumores de que los "boys" del FBI tienen en el vetusto edificio del jirón Lima una oficinita bien montada para meter la pupila en todo papel escrito que lleva la dirección de algún terrible disociador que lee impresos en desacuerdo con el grupo chiri-núsculo y zegarrante del oficialismo, me corretea la gran duda acerca de la libertad de pensamiento de este Estado de Derecho que el Apra ha cocinado con Prado y Beltrán.

Los que gobiernan sin apoyo popular siempre han tenido miedo a las ideas y siempre han visto en la correspondencia un tráfico peligroso. Huérfano de masas, el gobierno convivencial ha decidido, a lo que parece, aplicar el aparato represivo, que antes se usaba principalmente contra el aprismo, a los que abominan de esa olla podrida en la que se han juntado la oligarquía tradicional y los revolucionarios arrepentidos más el condimento petrolífero de Baquijano, la "American Embassy" y otras excrecencias antipopulares. Si a Franco le aterroriza un libro acerca de "Los Rollos del Mar Muerto" porque socava las bases de su sistema de dinosaurio prehistórico y a Frondizi lo llena de rubor radical e intransigente la historia de "Lolita", a nuestros "demócratas" apropradizantes le pone los pelos de punta que se diga que en Cuba, por ejemplo, ya no hay Coca-Cola, escasean los "waffles" y son muy caros los "Cadillacs" de oro macizo, tres productos representativos de la prosperidad bajo el comando del Tío Sam y sus sobrinillos plutocráticos que lo escobillan en América Latina.

En suma, que conviene que se sepa qué pasa en el correo nacional, pues si ahí corta el asado un policía del FBI no tenemos por qué asombrarnos si en otros lugares del mundo se condena la expresión libre a nombre de los principios o de la moral. Aquí el pretexto es otro, pero el abuso es harina del mismo costal.